



Asignatura pendiente

La expresión Reforma del Estado fue introducida al discurso oficial a principios de los años ochenta para designar políticas públicas tendientes a redimensionar el papel del gobierno en la vida económica del país. Se dijo que se trataba de una adecuación a los tiempos del mundo que exigían gobiernos más ágiles y aptos para enfrentar los retos del desarrollo. Estados Unidos y Gran Bretaña, se decía, eran los ejemplos a seguir: Las supuestamente exitosas políticas instrumentadas por los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher serían la fórmula para enfrentar los desequilibrios sociales a que habían conducido los modelos populistas impulsados en nuestro País por los gobiernos postrevolucionarios. El Gobierno de Miguel de la Madrid fue el primero en comprar la receta internacional en boga.

En realidad se trató de un modelo ideológico de Estado. Quizás si se hubiera partido de las condiciones reinantes en los países que lo habían adoptado con éxito para paliar las crisis de los años ochenta o siquiera que se hubiera llevado a cabo la receta original que se aplicó en

aquellos países, hubiéramos salido mejor librados. Pero no, después de 25 años hemos entrado en varias crisis económicas y el modelo no parece dar para más. Las fuentes no renovables de energía como el petróleo y el gas natural se agotarán cuando mucho en un par de décadas. Con ello, el sistema económico y social se colapsará sin remedio. Pero no quiero ser catastrofista y solamente me interesa explicar cómo se manejó la estrategia de redimensionamiento estatal.

El Gobierno compró la idea de que sin Estado, el mercado sería capaz de autorregularse y que la competencia impulsaría la competitividad y con ello los otros indicadores económicos. La reforma del Estado a la mexicana generó todo lo contrario: Se trató de un verdadero desmantelamiento de los activos gubernamentales y una transferencia de los recursos públicos al sector privado. Sólo eso explica que un inversionista como Carlos Slim se haya convertido en el cuarto hombre más rico del mundo. Se trató de una transferencia salvaje de la riqueza pública hacia unas cuantas manos. La tesis de Miguel de la Madrid

fue que el Estado era un ente "obeso" que había que poner a dieta para que se hiciera saludable. Esas fueron las categorías oficiales utilizadas. Posteriormente, Carlos Salinas de Gortari, impulsó con vigor el desmantelamiento gubernamental a través del saneamiento y venta o cierre de las grandes empresas estatales: Telmex, Mexicana de Aviación, Aeroméxico, Fundidora de Monterrey, entre otras. La tesis era que el Estado propietario era un Estado "abrumado" en administrar las empresas. Con tanta actividad distraía sus obligaciones de brindar justicia social: Obvio, la solución era que se deshiciera de sus empresas para concentrarse en brindar la justicia que el pueblo mexicano reclamaba. Ernesto Zedillo y Vicente Fox no han sido nada originales: Prosiguieron con las políticas iniciadas por sus predecesores.

En Europa, países como España, Portugal o Francia impulsaron modelos socialdemócratas para enfrentar la crisis de los años ochenta; sí privatizaron lo que había que privatizar, pero no se refugiaron en la ideología de que todo lo que hace el Gobierno es negativo o tiene que fracasar. No descuidaron la educación ni la salud ni el empleo ni la participación ciudadana. Ludolfo Paramio, uno de los intelectuales españoles más influyentes, decía que no era cierto

que los norteamericanos o los británicos "saltaran sin red", refiriéndose a que era falso que hubieran desmantelado los aparatos estatales como les hacían creer a sus clientes pobres que adquirían sus modelos de gestión, como México.

Ante el desastre de nuestra economía y del sistema político tenemos que redefinir el papel del Estado mexicano. No hacerlo nos llevará ante un callejón sin salida de crisis económicas y políticas recurrentes. Nos conducirá a convertirnos en lo que Porfirio Muñoz Ledo define como un "Estado en descomposición". Hoy es necesario discutir qué papel debe jugar el Estado en la vida económica, cuál es la forma de gobierno que es necesario adoptar para garantizar su viabilidad política, cuál es el modelo de participación ciudadana requerido, cuáles deberían ser los pilares en materia de educación y salud para los mexicanos; si es necesario seguir parchando la Constitución o requerimos un nuevo Constituyente. Es indispensable una reforma del Estado que vaya más allá de la moda y las ocurrencias autoritarias de nuestros gobernantes. Las disputas por la presidencia de la República parecen distraernos de nuevo de la imperiosa necesidad de discutir cómo vamos a encarar el futuro.

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx

El autor es investigador del Colegio de la Frontera Norte.